

“La elegancia es saber elegir bien”: José Carlos Ruiz, filósofo de la vida contemporánea

Antonio Ortí Actualizado a 15/02/2023 16:44

Libros

El profesor de la Universidad de Córdoba, tras el éxito de 'El arte de pensar', investiga sobre el concepto de elegancia en su libro 'Incompletos'



Jose Carlos Ruiz investiga lo que significa ser elegante en pleno siglo XXI

© Carlos Ruiz B.k.

Ser o parecer elegante es una de las mayores distinciones que puede recibir una persona. Sin embargo, los expertos avisan que la elegancia no consiste solamente en vestir

con refinamiento, sino que es también una forma de comportarse, de solucionar problemas, de hablar, de relacionarse con los demás o de hacer política.

Precisamente porque todo el mundo tiene una idea formada de lo que significa ser elegante, se trata de un concepto muy vaporoso ya que, a diferencia de la belleza (una cualidad algo más estática), la elegancia está en continuo proceso de cambio. Un reciente libro de José Carlos Ruiz , profesor de Filosofía Contemporánea en la Universidad de Córdoba, titulado *Incompletos* (Destino), pretende llenar este vacío investigando lo que significa ser elegante en pleno siglo XXI.



Jose Carlos Ruiz con su libro 'Incompletos'

© Carlos Ruiz B.k.

La elegancia ha sido muy poco estudiada a lo largo de la historia, hasta el extremo de que el libro de Ruiz puede considerarse una rara avis. Es sabido, por ejemplo, que

para los orientales la elegancia es el arte de estar presente tanto hacia uno mismo como hacia los demás, pues es una cualidad que va de dentro a fuera y que suele aflorar con naturalidad y sin esfuerzo, como si se tratara de algo innato, aunque esté lejos de serlo. Para los occidentales, en cambio, guarda relación, sobre todo, con la estética.

A partir de estas premisas, Ruiz viaja en *Incompletos* a la elegancia, tras abordar en el primer capítulo la "indigencia mental". Según este profesor de Filosofía Contemporánea en la Universidad de Córdoba que terminó sus estudios becado en la Universidad Sorbona de París y que es autor de algunos éxitos editoriales como *El arte de pensar* (más de 30.000 ejemplares vendidos) y *De Platón a Batman: manual para educar con sabiduría y valores*, para las generaciones precedentes (madres, padres, abuelos) buscar la felicidad era algo secundario.

Definiciones

Para los orientales la elegancia es el arte de estar presente tanto hacia uno mismo como hacia los demás, es una cualidad que suele aflorar con naturalidad y sin esfuerzo

Todo cambió cuando en 1997 [Martin Seligman](#) fue elegido presidente de la American Psychological Association (APA) y decidió que "la psicología positiva" fuera el tema central de su mandato. Es decir, el estudio de las

emociones y de ciertas actitudes mentales como el optimismo, la felicidad y el "si quieres, puedes". En apenas unos años, a base de presupuestos elevados y del apoyo de multinacionales interesadas en patentar "la chispa de la vida" (uno de los ingredientes de la fórmula secreta es conseguir que la gente sea *feliz* en su trabajo para que pueda producir más...) y de cientos de publicaciones en revistas científicas, trató de mostrar la vinculación entre el optimismo y la felicidad, al tiempo que ponía todo ello al servicio de la construcción de una nueva identidad.

Si en 1983 el grupo gallego Golpes Bajos proclamó a los cuatro vientos que eran malos tiempos para la lírica, unos cuarenta años después lo son para la elegancia. "La existencia se ennoblece cuando se vive con elegancia, y el deleite se amplifica cuando somos testigos de ella", escribe Ruiz para abrir el capítulo sobre esta palabra latina que deriva del verbo *eligere*, que significa elegir, seleccionar. Visto así, la elegancia podría ser definida como saber extraer cuidadosamente lo mejor, lo más fino de cualquier faceta, tras un meticuloso trabajo previo, aunque la elegancia se perciba como espontánea.

Hoy día, explica Ruiz, lo que se lleva es "consumir experiencias", es decir, seguir las tendencias que eclosionan en cada momento, ya que el consumo material comienza a ser mal visto, debido, entre otras cosas, al cambio climático. Por eso estamos *Incompletos* (el título del libro): como hay tantas posibilidades de *realizarse*,

muchas personas entran en estados de ansiedad por miedo a perderse algo.

Dicho con otras palabras: antes, la felicidad era una cuestión individual, por lo que había tantas formas de entenderla como personas. Una persona que vivía en un pueblo, por ejemplo, tenía una idea de la felicidad completamente diferente a la de un habitante de una gran ciudad. Pero, tanto en un caso como en el otro, la felicidad era el resultado de haber hecho bien las cosas en la vida, pero no era el objetivo. En la hipermodernidad, en cambio, la felicidad se ha convertido en un objeto *mainstream*, tornándose en lo que Ruiz denomina la "posfelicidad". Es decir, ahora la felicidad es objetivable, cuantificable y además asequible, es decir, todo el mundo puede acceder a ella.

Lee también

[Joseph Henrich, biólogo de Harvard: "Somos los humanos más raros de la historia"](#)

Antonio Ortí



Y aquí es cuando entra en juego la elegancia. “El sujeto hipermoderno percibe en su fuero interno que alcanzar la posfelicidad es algo posible, y que depende en exclusiva de él”, escribe Ruiz. “Es una seguridad uniforme que, además, produce una posfelicidad uniforme, ya que las semillas transgénicas se cultivan con los mismos nutrientes”, prosigue. “No importa si eres de Arkansas, Córdoba o Pekín, porque la globalización ha expandido la posfelicidad por todos lados, acompañada de un manual de instrucciones para saber cultivarla”, advierte.

“Favorecer el consumo de lo digital, uniformando los mensajes a través de las grandes plataformas de interconexión (TikTok, Instagram, Twitter, YouTube...), facilita que el individuo adopte el mismo modus operandi allá donde esté, lo que implica que el sistema controle los mensajes que este recibe”, concluye. En resumen, aunque nos pasamos la vida intentando ser especiales, en realidad nos parecemos más de lo que estamos dispuestos a admitir.

Aunque nos pasamos la vida intentando ser especiales en realidad nos parecemos más de lo que estamos dispuestos a admitir

Para Ruiz, “los tiempos hipermodernos están regidos por una globalización sentimentalista”, algo que dificulta distinguirse y ser elegante. Además, poner todos los huevos en el cesto de las emociones, en lugar de la razón, provoca “indigencia mental”, explica. La elegancia en su

etimología (*eligĕre*), está emparentada con la elección, esto es, la persona elegante sabe elegir con cuidado, ser selectiva y escoger bien, de ahí que cultivar la elegancia requiera tiempo para analizar las opciones. Por el contrario, el indigente mental carece de tiempo para elegir, de tan enfrascado que está en la hiperactividad, el hiperconsumo y la hiperfelicidad.

Lee también

“La persona elegante no tiene atisbos de egolatría – arguye Ruiz– porque la elegancia pasa, entre otras cosas, por no exacerbar los estados de ánimo”. En este sentido, la elegancia también comporta serenidad. En una de sus acepciones, “el sereno” era la persona que por las noches rondaba por las calles, velando por la seguridad. La serenidad es seguridad, y esa es una de las cualidades para ser elegante. Las pantallas, en cambio, son dinámicas, no descansan, se configuran desde el movimiento y carecen de serenidad, al tiempo que maquillan y disfrazan lo real. “Es un espacio sin elegancia”, zanja Ruiz. “Su objetivo es gustar o entretener, frente a la elegancia, que tiene por costumbre cautivar”, declara.

Las pantallas son un espacio sin elegancia, que buscan entretener, frente a la elegancia,

que quiere cautivar"

En cambio, "se puede percibir la elegancia en un [Aston Martin](#) DB5 de 1964 (el coche de James Bond) cuando se detiene a tu lado en el semáforo. Se puede apreciar al mirar una butaca Chesterfield Queen Anne en el hall de un hotel, o al conducir en el valle de Tarn por el viaducto de Millau (Francia), diseñado por Foster y Virlogeux", pone de ejemplo.

Según este filósofo cordobés, la elegancia es un compendio de tres elementos: la hermosura, la idea y el modo en que esta se manifiesta. "Una idea bella mal expresada pierde atractivo. De igual manera, una expresión bien construida, pero pobre en contenido, no alcanzará la categoría de elegante", esgrime. En su opinión, la elegancia precisa de un formato discreto y comedido, algo que no tiene ni por asomo el formato digital, que además es plano.

Para captar la esencia de lo elegante hay que tener amplitud de miras y perspectiva global

"Una persona elegante no precisa del lujo como elemento distintivo, no necesita exhibirse ni proclamarse adalid de la moral o del buen hacer. La vida elegante no hace por mostrarse, más bien se contempla a cierta distancia", manifiesta para dar a entender que para captar la esencia

de lo elegante hay que tener amplitud de miras y perspectiva global, justo lo contrario de lo que ocurre ahora, cuando lo normal es mirarse el ombligo como ocurre cuando los árboles no dejan ver el bosque.

Así pues, si se trata de ser elegante en 2023 hay varios consejos: cultivar la estética pero también la ética; no caer en la lógica hipercapitalista que anima a rentabilizar el tiempo de vida consumiendo tantas experiencias y modas como sea posible; escapar de los estímulos rápidos y superficiales de las omnipantallas y reflexionar en profundidad; cultivar el desprendimiento en lugar de la egolatría; ser noble y empático, en vez de vanidoso e insensible; no exteriorizar la intimidad con cualquier excusa, sino ser celoso con la vida privada, así como ser cortés y gentil sin caer en la adulación. En definitiva, no comportarse como casi todo el mundo y distinguirse, no solamente a la hora de vestir, sino también al pensar o vivir. Y hacerlo con gracia y ligereza, sin pavonearse de ello.

La elegancia a través de la historia

En el verano de 2014 tuvo lugar, durante la semana del diseño de Berlín, un encuentro dedicado exclusivamente a la elegancia que atrajo a 150 participantes. El filósofo Hannes Böhringer, el fotógrafo Hans Hansen y el diseñador Axel Kufus unieron sus fuerzas para esta exposición. "La belleza tiene algo de estática, mientras la elegancia siempre está en proceso de cambio. Por eso se

nos escapa tan fácilmente”, comentó Böhringer en su elegante exposición. Se trata, sin embargo, de uno de los pocos simposios que han abordado la elegancia, pese a tratarse de un concepto milenario. Cicerón, por ejemplo, relacionaba la elegancia con una figura apuesta y con el ejercicio físico y la moderación. “La figura apuesta se sustenta –decía– con el aspecto saludable, y el aspecto, a su vez, con el ejercicio corporal. Además, hay que conseguir un toque de elegancia, ni impertinente ni rebuscado: basta con evitar el desaliño grosero y descortés”. En su sentido más amplio, la *elegantia* nombraba el buen gusto y la finura al expresarse. Titus Petronius Niger, autor del *Satyricon*, era llamado por Nerón en su círculo más íntimo *arbiter elegantiae* (árbitro de la elegancia), razón por la que le nombró su consejero en “cuestiones de buen gusto”. Siglos después, el novelista y dramaturgo francés, Honoré de Balzac (1799-1849), escribió el 'Tratado de la vida elegante', un libro lleno de aforismos y cargado de un humor finísimo que está considerado una de las piezas angulares del dandismo. En esta obra, Balzac describe la “vida elegante” como “la ciencia que nos enseña a no hacer nada como los demás, pareciendo que lo hacemos todo como ellos”. A partir del siglo XX, en cambio, la elegancia se convirtió en sinónimo de vestir con refinamiento. Para el diseñador Giorgio Armani, por ejemplo, la elegancia es la coherencia. “Si no sabemos mirarnos, nunca lograremos ser coherentes. Somos lo que somos, no lo que nos gustaría”, recordó.

Lee también

MundoDeportivo

[Mario Vargas Llosa sabía que se iba a morir: el diagnóstico que recibió hace cinco años y que fue determinante](#)

